FICHA DE FORMACIÓN 240
Hilo Negro

UN HOGAR QUE HABITAR, NO UN BIEN CON EL QUE ESPECULAR

¿Quién se lleva nuestro sueldo?

Los números son claros: incluso si prescindieran de las rentas inmobiliarias, los caseros españoles dispondrían de muchos más ingresos de media que la población inquilina (que ha pasado en pocos años del 18 al 24%). Y cada año, cerca del 1,6% del PIB español (28000 millones) pasa de manos de las trabajadoras a las suyas: un movimiento de dinero que se ha duplicado en una década. Sin olvidar que algunos caseros (especialmente los fondos de inversión) ya recibieron una masiva transferencia de capital al adquirir a precio de saldo las casas que ahora cobran a precio de oro. En parte viviendas públicas de protección oficial, como en el caso IVIMA.

No son abuelitas con pensión mínima que necesitan de esas rentas para poder comer. Son personas o, peor aún, empresas o fondos de inversión que se aprovechan de su posición para extraer más y más rentas de tu trabajo. Más de la mitad tienen más de una casa en alquiler. Los ingresos de las familias por alquilar inmuebles se han duplicado desde 2008 hasta rebasar los 31.500 millones en 2024 y ya son la principal renta del capital en España, por delante de las financieras y las ganancias patrimoniales.

Las inquilinas sí son mayoritariamente pobres. Sobre todo jóvenes que nunca heredarán otra cosa que la pobreza de sus padres, inmigrantes, viudas y personas en situación precaria que ya perdieron su casa tras la crisis del 2008. Pobres que lo son cada vez en mayor medida porque el incremento desmesurado de los precios de alquiler de los últimos años les empuja al borde del abismo, al superar en algunos barrios el 70 u 8% de sus ingresos y hacerlo inasumible. Los desahucios relacionados con el alquiler han pasado del 53 al 75% en una década. Numerosas personas que ya perdieron su casa en propiedad al no poder pagar la hipoteca, han perdido posteriormente su casa de alquiler y ahora deben vivir hacinados en una habitación de un piso compartido cuando no caen directamente en el sinhogarismo.

No es una fatalidad ni una catástrofe natural. Es un elemento central del sistema económico capitalista y de las leyes que lo apuntalan: poseer riqueza facilita enormemente poder acumular cada vez más y no tener propiedades te deja a merced de quienes quieren chuparte hasta la última gota de sangre.

¿Pero beneficia al menos este desmesurado aumento de los precios de la vivienda a una mayoría, que no es ni casera ni inquilina, sino que simplemente tiene una casa que usa para vivir en ella? Claramente, no. Si no se tiene intención de especular con ella, que la vivienda sea cara sólo hace que tengamos que perder muchas más horas de nuestra vida dejándonos explotar para pagarle a bancos y promotores por conseguirla.

¿Hay alternativas?

Evidentemente. Incluso dentro del sistema capitalista existen un buen número de alternativas que ningún gobierno español ha tenido a bien poner en marcha. Desde el control directo de precios por ley al fomento de cooperativas de vivienda en cesión de uso en lugar de en propiedad, pasando por las ayudas a la autoconstrucción de Marinaleda y, por supuesto, por la construcción de viviendas públicas que no puedan ser vendidas ni descalificadas. Hay muchas posibles medidas que nada tienen que ver con las falsas soluciones que oímos en los medios de manipulación masiva: ni liberalizar más suelo y dárselo a especuladores como hizo Aznar; ni dar “ayudas” que van directas a los bolsillos de los caseros, como hacen los gobiernos “progresistas”, resolverá la crisis

habitacional en la que estamos sino más bien la profundizará.

Se suele poner como ejemplo a Viena. Una capital con altísimo coste de la vida y en la que, sin embargo, el mercado de alquiler público alcanza a todas las capas sociales. El 60% de las viviendas está fuera del mercado y el modelo es sostenible económicamente. Es una muestra de cómo las decisiones que se tomaron hace ya un siglo continúan teniendo efectos en la actualidad.

En Singapur, típico ejemplo de ultracapitalismo, la vivienda social es del 90%. En España apenas supera el 3%.





¿Por qué no ha explotado antes la indignación?

Hemos sido socializados en la defensa a ultranza de la propiedad privada. No se puede negar que la decisión de Franco de construir "un país de propietarios en lugar de un país de proletarios" tuvo un éxito notable, reforzado por la decisión de Aznar de liberalizar suelo y hacerle creer a quienes aspiran a ser clase explotadora que podían incrementar su patrimonio sin límite porque "la vivienda siempre se revaloriza". Sin olvidar tampoco el lavado de cerebro continuo de los últimos años para crear miedo y odio frente a la ocupación o frente a la simple disidencia de la cultura propietaria. Se ha normalizado que quien "con mucho esfuerzo" se compra una casa, o varias, tiene derecho a percibir tanta renta como quiera por ellas y que quien no puede o no quiere asumirlo es lo peor de la sociedad y debe ser castigado lo más duramente posible. Ahora se intenta normalizar, como en el caso Maricarmen, que vivir en tu casa y tu barrio de siempre a precio razonable es un privilegio inaceptable y un capricho egoísta. Si decidiste no comprar vivienda como los buenos ciudadanos que se esfuerzan como es debido, has de aceptar sumisamente ser expulsado de tu comunidad cuantas veces lo requiera el mercado y reducir tu espacio vital hasta un mínimo cuasicarcelario o pagar cantidades astronómicas para evitarlo.

También hemos de reconocer que incluso para muchos de quienes rechazamos totalmente la vivienda como bien de mercado, el problema no ha sido una prioridad mientras solo afectaba a personas muy jóvenes, muy empobrecidas y/o muy morenas; o parecía que sólo era escandaloso en las grandes ciudades.

Para contrarrestar esto, tenemos que construir una cultura que reivindique, como algo de sentido común, una vivienda comunitaria, gratuita, universal y de calidad, como ya se hace con la sanidad o la educación.

Los primeros ladrillos de esa cultura los han estado poniendo los sindicatos de vivienda hace ya años. Al colectivizar los problemas de la gente que acude a ellos, politizan el problema y lo devuelven a la sociedad para darle respuesta entre todas. Por ejemplo, el Sindicato de Vivienda de Burgos lleva ya varios años ayudando a inquilinas a resistir frente a amenazas de desahucios, incrementos de precios y otros abusos varios a la vez que sacando la lucha a la calle y a las redes.

Históricamente, tenemos numerosos ejemplos de luchas por la vivienda, por ejemplo la de Barcelona de los años 30 o la muy exitosa huelga de alquileres de Glasgow en 1915. Se contaba en ese momento con una clase trabajadora organizada, única fuerza que puede hacer retroceder al capital si lucha unida y estratégicamente.

La próxima huelga del día 11 nos permite dar un primer paso en esa dirección. No podemos permitir que este gobierno, o sus sindicatos adjuntos, intenten apropiársela vaciándola de contenido. Las clases rentistas aprovechan cada crisis para acumular más capital despojándonos de todo lo que pueden. Nosotras tenemos que aprovechar ésta para acumular fuerzas, paralizarlo todo y lograr que la falta de perspectivas de un futuro mejor para los jóvenes no cristalice en el fascismo en el que pretenden encerrarnos sino en nuevos horizontes de poder popular.